

Dios. Desembarazada caminad al eterno descanso, y no os contentéis con hacer ese negocio como quiera, mas lo mejor y mas seguro que vos pudieredes. No como los del mundo, que ponen mejor cuidado en sus cosas que en si mismos, y por eso aprovechan en ellas y están perdidos en sí. Mas vos, a quien Dios abrió los ojos para conocerle, no os ceguéis a sabiendas con el polvo de las cosas presentes; mas vivid en luz de verdad, poniendo vuestro cuidado en vuestra ánima, cómo estará más hermosa y agradable al que la crió; y en las otras cosas, pasar de camino, no dándoles el corazón. aunque hayáis de ocuparos en ellas.

5. *Las manos y el corazón*, dice Jeremías (*Tren.*, 3), *hemos de levantar al Señor*; porque sepamos que, aunque entendamos en obras de manos, no hemos de tener el corazón allí en tierra caído, mas levantado al Señor, y hacer por su amor la obra que estamos haciendo; y así la obra, que de sí era baja, se hace alta, y la alzamos a Dios, pues la hacemos, no por otro apetito, ni por el interés transitorio, mas por respeto del celestial Rey. Y de esta manera nunca os faltará tiempo para pensar en Dios nuestro Señor; porque cuando haya ocupación, o cuando no la haya, si amáis, siempre estará vuestro pensamiento donde estuviere vuestro amor; y andaréis entre los trabajos descansada, y entre las ocupaciones libre, y no caeréis aunque se os ofrezcan tropiezos. Porque la persona que de dentro no anda ocupada con Dios, y siempre delante la presencia de Él como si le viese, a cada cosita que se le ofrece, luego es enlazada, porque vivía fuera de sí. como la gallina que de casa sale, presto la hurtan. Mas quien dice, como David (*Ps.*, 15): *Veía al Señor siempre en mi acatamiento*, y anda siempre en su corazón comunicando con Dios, está fuerte en lo que se le ofrece, porque luego se recoge dentro de sí a su Dios; vuelve las espaldas al lazo, y queda sin ser preso de él. Y así, hermana, no os descuidéis, porque después no lloréis. Que más ligera cosa es evitar las caídas, que después de la caída, levantarse como conviene; más vale estar sano, que después de enfermo sanar; y mejor es tener a Dios siempre en el ánima, que después de lo haber echado, tornarlo a meter en nuestro corazón.

6. Por tanto, *velad y orad porque no entréis en tentación* (*Mt.*, 26). Y usad el leer libros buenos, y el confesar y comulgar las veces que pudiéredes. Y

sed mansa aun con los airados, y humilde con los soberbios; y sed vos la esclava de cuantos en vuestra casa hubiere; esto por amor de Aquel que se abajó a servir a sus Apóstoles hasta hincarse ante ellos de rodillas en el suelo y lavarles los pies. Miraos vos en aqueste espejo; y si viéredes que no conformáis con él, lavad vuestra mancha con lágrimas, pesándoos mucho por que, siendo una hormiguilla, no os abajéis, siendo Dios abajado por vuestro amor. Y atreveos a seguir la obediencia, humildad, caridad y paciencia de aqueste Señor; que cierto, siendo compañera en el padecer, lo seréis en el gozar; y llevando parte de la cruz, llevaréis parte del reino; el cual os dé el mismo Jesucristo, que vive y reina por siempre en los siglos de los siglos Amén.

119.—A UN CABALLERO AMIGO SUYO (1).

Que los trabajos ponen esperanza en los justos y temor en los pecadores; y el amor que los justos tienen a Dios los hace mártires en vida.

1. A Cristo gracias, que ha hecho a vuestra merced participante en dolores, que es la prenda del cielo que más cierta hay en la tierra, pues es la más semejable al Señor, que del cielo descendió por darnos lumbre para que esto amásemos, y esfuerzo con su ejemplo, y gracia con su merecimiento. No le parezca a vuestra merced crueldad la dispensación de las obras de Dios; que como su galardón no es liviano, no quiere que el medio para lo alcanzar sea liviano; ni hay cosa más ajena de ser cosa de burla y de palabras, que lo que el Señor tiene aparejado para los que le aman. Para que esto se conozca y se estime, es bien que así sean tratados los que de ello han de gozar, para que el mundo se desengañe, pensando que viviendo de burla, han de ir a gozar de galardón de verdad. Avisa el Señor a los suyos, y amenaza a los ajenos; porque a los unos dice que sientan de su galardón grandemente, pues con este rigor lo da; y a otros dice que cómo piensan esca-

(1) Sospechamos si este señor, «de corazón tan esforzado para las guerras del Emperador», será el Conde de Feria, don Pedro Fernández de Córdoba, a quien va dirigida la Carta 14.

par de las manos de su rigor siendo enemigos, si así son tratados los hijos e hijas escogidos para grande bien.

2. Si miramos este rayo de rigor y justicia, que son dolores, hallaremos ser grande ocasión para esperar y para temer; y en lo uno es glorificada la misericordia de Dios, y en lo otro la justicia. Espere descansando el trabajo; tema trabajo quien acá no le tiene. Porque como en cualquiera persona, por justa que sea, haya muchas cosas que merezcan castigo, aunque no de infierno, y éste hase de dar, si no se purga con tan grande exceso de amor, que la contrición valga por castigo, como en la Magdalena y otras, claro es que aquí o en purgatorio será menester pasar por fuego. Y aunque los que no tienen aquel grande amor de Dios, que causa grande dolor, que vale por la satisfacción, les parezca que se les hace agravio en ir ellos salvos por fuego, y los otros sin él, están muy engañados en esta cuenta. Porque el amor grande de Dios en la tierra, donde Dios es ofendido, causa mayor dolor que los que vuestra merced tiene; y en esto se ve ser así, cuando, quien a sí ama, tomaría de buena gana lo que vuestra merced tiene, porque le quitasen su dolor. Y de esto no nos debemos espantar, pues hay personas que por no verlos pasar a vuestra merced, lo pasarían ellas, en señal que da más pena el amor que uno tiene, que el dolor que pasa otro. Y si vuestra merced ama a una persona mucho, no querría que a él se le quitasen los dolores, si había de ser con condición que se le pasasen a ella, en señal que le dolerían más en ella que le dolerían en él. Pues si esto puede el amor de la criatura, ¡cuánto más lo podrá el amor del Criador, infundido por el santísimo Espíritu del Señor, que excede a toda otra fuerza! Y así es grande verdad que, así o así, no hay quien escape de padecer para ir a gozar. Y quien de esta ley se quejase, quéjese de ser hombre y porque no le hicieron ángel; y quéjese de la justicia y razón, pues toda ella pide que la virtud ha de ser con trabajo, y a ésta corresponde el galardón.

Mas ¡oh Señor!, ¿y quién osará quejarse de Ti porque le tratas con rigor, pues luego le tapas la boca con que *así amaste al mundo, que a tu Unigénito diste* (Jn., 3, 16), para que a poder de trabajos, dolores y muerte que de Él cargase, el mundo evitase los del infierno y gozase del cielo? ¿Quién, Señor, se osará quejar, viendo reciamente tratados a tus más ama-

dos, y que andan a porfía en tu palacio los favores y los dolores, y que digan, mandándolo Tú, a uno de tus favorecidos: *Porque eras acepto a Dios fué necesario que la tentación te probase (Tob., 12, 13)?* Pues si con esta carga das tu gracia, amor y cielo, y a Ti mismo, no nos quejemos, no, del contrapeso, pues es Dios el peso.

3. No deje vuestra merced caer el corazón debajo de los trabajos; mas acuérdesese que algún día deseó hacer y pasar algo por Dios. No es Dios sordo a las hablas de nuestro corazón. Él dió a vuestra merced lo que él por mejor estimaba; y si ahora le parece recio, confíe de quien lo envía, que dará fuerzas para lo llevar. Acabarse ha lo que duele, sucederá lo que dará descanso; y no será aquello como esto, sino sin comparación mayor. Y si vuestra merced dice que renunciaría aquello por no pasar esto, no es bien dicho ni de corazón generoso, el cual más quiere verse en peligros y trabajos por la virtud, que estarse ocioso sin ejercicio. Y no es bien que teniendo vuestra merced el corazón tan esforzado para las guerras del Emperador, lo tenga flaco para las de Dios. No le piden acá que rija un ejército entero como Capitán general, sino que lleve bien la carga de su pica, y dé buena cuenta de su lugar; no sea cobarde vuestra merced en lo menos, pues tiene ánimo para lo más. Métase todo en la Pasión del Señor, y aprenda, en lo que pasa, lo mucho que el Señor pasó, y el grande amor que le tuvo; pues pudiéndolo redimir por otra vía, no quiso sino a costa de dolores, y muy recísimos. Y así es, que como Él en una hora amaba más a su Padre que todos los hombres juntos, así en una hora pasaba más dolores que todos los hombres; y en toda la vida de ellos no hubo amor igual al suyo, ni dolor.

4. Esfuércese vuestra merced a querer pasar algo por Él. No sea esclavo, pues le quiere y trata por hijo. Que el padre a su hijo azota; y vuestra merced lo está, y por esto se puede tener por hijo; ame a su Padre. Salga ya de sí, y dese a Dios; dígame: Señor, seguimos quiero, aunque por dolores; esta ofrenda os quiero ofrecer. No os quiero dar cosa de poco precio, sino que me cueste mi sangre, porque me digáis como a Abraham (*Gen., 22, 16*): *Quia fecisti hanc rem, et non pepercisti unigenito tuo propter me.* Mire, si Dios agradece a un hombre que da su hijo por Él, cuánta razón es que el hombre agradezca que

Dios dió el suyo por él; y aquél sólo lo agradece, que en recompensa, da a Dios su propio hijo, que es lo que más en su corazón le duele, para que se pase porque Dios lo quiere. Mire vuestra merced en este dechado el amor que Dios le tuvo; mas sea para sacar de él, que como le dieron sangre y dolores, dé él lo mismo: como le dieron pena, dé él lo mismo. Que cierto, si así responde a los dolores de Dios con dolores, Él responderá a los dolores de vuestra merced con tal galardón, que se agrade mucho de haberlos pasado. Y aunque la carne no crea esto, la fe supla la falta, que cantar tiene vuestra merced (Ps., 89, 15): *Laetati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti; annis quibus vidimus mala*. Así sea. Amén.

120.—A UNA MUJER DEVOTA.

Que Dios nos pide el corazón desocupado, y cuánto importa tomar la voluntad de Dios por nuestra.

Acrciénteos Dios las buenas Pascuas, pues en haberlas vos tenido las he recibido yo.

Gracias a su misericordia que os ha dado mayores prendas de ser vuestro, pues os ha dado mayor deseo de ser suya. Pídeos como a tal el corazón desocupado, pues cada uno quiere morar en su casa; y así de aquí adelante os velaréis, no como a vos, sino como a cosa de Dios, y tendréis gran cuidado de morir a todas las cosas, y echarlas de vuestro corazón, diciéndoles: «No impidáis el lugar del Señor»; pues aunque se lo dé todo desembarazado, aun es muy poco. Atreveos a morir un poco antes, y comenzaréis a vivir. Y vuestra pelea sea contra vuestra voluntad, dándosela a Cristo las más veces que pudiéredes y lo mas entrañablemente que pudiéredes; y decid a vuestro corazón: ¿Cuál es más razón que sigáis, la voluntad del Señor o la tuya? Pues por seguir la tuya te has perdido, y por seguir la de Dios te has ganado. Tu amarte ha sido aborrecerte y echarte en los infiernos; mas el amarte Dios ha sido hacerte bienes. De manera, que con más razón te puedes fiar de la voluntad de Dios que de la tuya, pues lo has hallado más fuerte en querer tu bien, que a ti mismo. Toma, pues, esta voluntad buena por tuya, y deléitate en la cumplir, y a ninguna cosa te muevas por la

tuya, sabiendo que lo que de ella naciere es fruto de imperfección.

Decid muchas veces con el corazón y algunas con la boca: *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha (Lc., 22, 42)*. Y en todo lo que hiciéredes y pensáredes y habláredes, buscad el solo contentamiento de Dios, y hallarlo habéis en el comer, y en el dormir, y en el hablar, y en el callar; y viviréis consolada en todas las cosas, porque en todas las que no son malas hallaréis al Señor. Y aprovecharos ha para esto la doctrina de nuestro Señor, que dice (*Mt., 16*): *Quien quiere venir tras Mí, niéguese a sí mismo*. Y aprovecharos ha, que cada vez que comulgáredes hagáis renunciación de vuestra voluntad en la de nuestro Señor, y el pedirle muchas veces por merced, que pues vos no se la podéis dar, la tome Él, y os dé la suya por vuestra. Y aunque sean pocas (1) cosas, no dejéis salir a vuestra voluntad con lo que quiere, sino contradecidle; y amad a quien os la contradice, porque el ensayarse en las cosas pequeñas aprovecha para las mayores.

Cristo os favorezca para que del todo seáis suya. Amén.

121.—A UNA SEÑORA

En la semana de Pentecostés. Que la hambre de nuestro corazón no la puede hartar, sino el Espíritu del Señor: el cual para aposentarse en él quiere hallarlo vacío de toda afición de criaturas; y cómo lo entristecen los tibios y flojos; y que la fiesta de Espíritu Santo es disposición para la de Corpus Christi.

1. Muy ilustre señora: Deseo tengo de saber de qué parte se mantiene ahora el corazón de vuestra merced. Porque si miramos a la semana en que estamos, es del Espíritu Santo, el cual da lumbre al entendimiento, infunde amor en la voluntad, y fortaleza en el cuerpo; con los cuales *tres panes, tenemos que poner delante de nuestro amigo, que viene del camino (Lc., 11, 5)*, hambriento y cansado; porque la hambre que nuestro corazón siente andando fuera de sí, y ocupado en las criaturas, suele el Espíritu San-

(1) Pocas: pequeñas.

to quitar dándonos pan de hartura. Y ¡ay de nos, si no sentimos la falta que en las cosas criadas hay, y no nos tornamos ya a nuestro corazón, siquiera cansados de haber hallado falta y mengua donde pensábamos que habla algún sosiego! ¡Oh váleme Dios! ¿y cuándo hemos de tener ánima casta y leal a su esposo Cristo, dándole nuestro amor puro, desnudo de la bajeza de las criaturas? ¿Cuándo hemos de entender de verdad que el varón de nuestra ánima es Cristo, y que nos crió Él para Sí, y que Él es muy propio para nosotros? ¿No basta lo que muchas veces hemos probado cuando mal nos va en la tierra, y que nunca nuestra ánima ha tenido descanso, paz ni sosiego, sino cuando, conociendo su propia mengua y poquedad, se va a Dios y es de Él recibida? ¿No vale más un rato de aquéllos, que toda la vida de los que a la vanidad viven? ¿No será ya tiempo de decir a todo lo criado: No os conozco, por aparejar morada limpia y desocupada al que nos crió?

2. Pláceme mucho que lo hemos con un Espíritu Santo, y tan santo, que no quiso venir a los discípulos del Señor hasta que el cuerpo de Él se les quitase delante; para que conociéramos su condición qué tal es, y le aparejemos templo, donde otro no more si Él no. Y huelgo mucho que vuestra merced con gracia de Él se habrá aparejado, y le habrá recibido, y estarán Él y ella contentos; huélguese vuestra merced con Él, porque Él gozo es. Y mire que dice el Apóstol San Pablo (*Ephes.*, 4): *Que no entristezcamos al Espíritu Santo de Dios, con el cual estamos señalados para el día de la redención*, que es el juicio final. Aquel entristece a este Espíritu, que con pereza y caimiento de corazón anda flojo, y hace cosas que no agradan a este Altísimo Huésped: el cual, como es fuego, quiere que su siervo sea ferviente, y ande muy vivo, echando siempre leña de buenas obras, y soplando con santos pensamientos, para que este celestial fuego no se apague en nosotros, pues nuestra vida está en tenerle vivo; y así manteniendo nosotros este fuego, manteniéndonos Él; y aun lo que le damos, Él nos lo da. De manera, señora, que de esta parte buen manjar tiene vuestra merced en esta semana, pues la habrá celebrado no en carne, como los que se contentan con el solo estruendo de las festividades; mas habrá celebrado fiesta de Espíritu en el espíritu, según el Señor dice (*Jn.*, 4): *Que quiere adcradores espirituales*.

3. Ahora veamos cómo le va con el olor de la fiesta del Cuerpo del Señor, que tan presto viene. Porque para los corazones cristianos, grande afrenta será no oler este santo Pan antes que venga su fiesta, pues le olieron los Magos desde tan lejos, y aun los Profetas y Patriarcas mucho antes que encarnase. ¿Qué mejor nueva, que la de ver andar a Cristo por las calles entre nosotros, andar entre nuestras manos, delante de nuestros ojos, y al que no cabe en cielo ni en tierra, ver encerrado en una pequeña cortina de accidentes de pan, y después entrar en nuestro tan pobre e indigno pecho? Señora, no oiga vuestra merced estas nuevas con orejas sordas; despierte a su corazón, y dígame que se halle muy atento a tan gran merced y obra de Dios; y que vomite todo otro manjar que tenga, para que hambriento, se harte de este celestial Pan de que comen los ángeles. Dígame que vele estos días, porque entonces no se duerma; y pues es semana de Espíritu Santo, pídale gracia, para saber sentir la fiesta del Cuerpo que fué concebido por Espíritu Santo. Y cuando venga la fiesta del santísimo Cuerpo, vendrá con él el Espíritu Santo; porque por merecimiento de Cristo descendió este Espíritu. Y cuando el cuerpo de Cristo se nos da con Él se nos dan sus merecimientos, según la medida de la disposición que llevamos.

4. De manera que una fiesta ayuda a otra, y es aparejo para otra; y pone gana de comer para la otra. Que no hay aquí lo que en los carnales convites, que los muy hartos en la comida no han gana de comer a la noche. De fiesta en fiesta anda el ánima comiendo con nuevo sabor, cumpliéndose lo que Dios prometió (*Lev., 26*): *El trillar de los panes alcanzará a la vendimia y hasta la sementera, y comeréis vuestro pan en hartura.* Bendita su bondad, que tan largamente nos provee, no como quiera, sino dándose Él mismo a nosotros. El Hijo nos es dado, y por Él el Espíritu Santo; y dándonos estas dos Personas, no se queda el Padre sin dársenos: nuestro es Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ya comenzamos acá la contratación que en el cielo hemos de tener. Agradecemosle sus misericordias, aparejémonos para recibir las que quedan, y con corazones levantados de la tierra, celebremos las fiestas del cielo, para que de regocijos temporales pasemos a los eternos, en los cuales vuestra merced se vea. Amén.

122.—A UNA SEÑORA DE TÍTULO.

Que Dios envía los trabajos para dar esfuerzo, si desconfiando el hombre de sí, espera en el favor del Señor.

Quien tiene pico para pedir cruz, tenga hombros para llevarla; y quien se precia de amores, ha de tenerse por muy honrada en los dolores; y a quien Dios le pareció bien, ninguna cosa que por Él le pidan le ha de parecer mal; y quien le quiere, a sí misma se ha de aborrecer. Porque como ninguna cosa, si Dios no, basta al ánima, ninguna, si el hombre no se le da a Él, le contenta a Él. Así que menester es salir de flojo quien a Dios ama, y para esto envía el Señor la espuela del trabajo. Y si le parece a V. S. que ha menester más paciencia y esfuerzo, pídale a quien la pone en el ejercicio; y pídale sin tasa, y sin cotejarla con la que otro tiene o tuvo, que quizás quiere nuestro Señor dar más; porque no hay tasa en sus misericordias. Y espérela de Él; que para eso envía el trabajo, para dar el esfuerzo. Que bien conoce Él la flaqueza de nuestra carne, y especialmente la de algunos como yo; y para ser Él glorificado, suele en el vaso de mayor flaqueza poner los tesoros de su fortaleza. De manera, que lo que sirve para desmayar mirando a sí mismos, sirve para esforzar mirando a Dios.

Solamente haya en nosotros lealtad de conocer quién somos, y de agradecerle lo que de Él recibimos; de arte, que no atribuyamos a su divinidad nuestras culpas, ni a nuestra animalidad sus gracias; y pidiéndole con vergüenza y con fe, y esforzándonos en la guerra sin huir, sin duda veremos el socorro de Dios sobre nos, hasta que nos alegremos con la cruz por la grandeza del amor, como el Señor lo hizo por nos, y digamos (*Galat., 6*): *No plega a Dios yo me glorie en otra cosa sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo.*

Comience V. S. la guerra del amor padeciendo dolores, y diga como San Ignacio cuando fué llevado preso: «Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo.» Porque como San Agustín dice: «Si no has comenzado a padecer, mira que no debes haber comenzado a ser perfecto cristiano.» Razón es, pues, que no vivamos más tiempo en balde, sino que comencemos a entrar en la escuela de la cruz, en la cual quien más padece es mejor discípulo y más amator del

Maestro, y más amado de Él. Y a trueque de esto, quien más pudiere padecer, más padezca y por más privado se tenga y conforme a su Señor. Y si del primer voleo no pudiere la nueva discípula tomar la presa, no desmaye; que primero son ruines lectores los que después salen buenos. El ejercicio y el esfuerzo y la gracia sacarán maestra a V. S., si ella no rompe el libro, ni quita los ojos de las letras, ni se hace sorda a la lección que le diere el Maestro. Él sea su luz y fortaleza. Amén.

123.—A UNA SEÑORA ENFERMA.

Que con la tribulación se descubren los verdaderos amigos, se perfecciona la virtud y se purgan los pecados.

Dicen que está vuestra merced mejor del cuerpo; creo lo estará en el ánima; que aunque vuestra merced siempre la tenga buena, a lo que yo creo, mas lo bueno en la tribulación se hace mejor. Porque *la paciencia*, como dice Santiago, *tiene obra perfecta* (Jac., 1, 4); y es la causa, porque quien bien lleva la tribulación da testimonio que el amor que tiene a Dios no es palabrero, sino obrador, pues no falta en el tiempo de la tribulación, que es el tiempo donde se prueban los amigos ser verdaderos, y donde se descubren los fingidos. Acuérdesse vuestra merced de los dolores de nuestro Señor, y tenga por merced suya tener parte en ellos, y como tal se la agradezca cuando de corazón pudiere. Porque así como no es propia señal del cristiano amar a quien nos ama, sino también a quien nos aborrece, ni tampoco lo es dar gracias a Dios cuando nos sucede lo próspero, porque aquello aun los malos lo suelen hacer. Dé vuestra merced gracias por lo que su Esposo le envía, como preciosas joyas, de las cuales nadie es digno, según lo mucho que valen. Y como crecieren los trabajos, crezca la confianza en el Señor que los envía; porque pues son testigos del amor que nos tiene, razón es que a más testigos, más creamos. No se deleita, señora, nuestro Señor en vernos trabajados, no; sino porque nos desea ver enriquecidos en nuestras ánimas, y que en este mundo purguemos nuestros pecados, y con trabajos ganemos y merezcamos el cielo, por esto nos envía estas joyas, que son medio para alcanzar

estos bienes. Ofrézcase vuestra merced de corazón en sus manos, pues son de padre, y más que de padre; y confíe en su pasión, que por ella será vuestra merced favorecida de Él, y alcanzará lo que más le cumple. Y mire que salga de la cama con más amor y más confianza en nuestro Señor. El cual sea salud entera de vuestra merced, que así se lo suplicamos acá.

124.—A UN SU AMIGO.

Que las tribulaciones que Dios envía son para que el hombre acabe de conocer su flaqueza, y así se disponga para recibir los bienes y tesoros de Dios (1).

1. Esfuerce Cristo a vuestra merced con su virtud, pues ya ha probado por experiencia la propia flaqueza; que la falta de este conocimiento suele ser causa de no ayudarnos el Señor. ¡Oh cuán mala bestia es este nuestro corazón, y cuán de verdad lleno de senos, y cuán tarde se despoja de su propia fucia, por ser amigo de se adorar como a Dios! Conviene, y mucho conviene, que nos traiga el Señor arrastrados, hasta que, como a malos siervos, a poder de palos nos venga algún buen temor, y algún poco de seso, *ita ut vexatio det intellectum* (Is., 28), y salgamos de nos, como de mala casa, y con gemido y sentimiento de nuestra necesidad, llamemos a Dios, que nos enseñe la luz de sus misericordias, pues tan mal nos va con las tinieblas de nuestra miseria. Llamémosle, y estemos atentos a lo que nos dice, y no dejemos pasar el soplo del Señor, como si fuese de carne. Y gimiendo con la cruz que nuestro propio corazón nos causa, pasemos arrimados a la del Señor, donde descansenos de los tormentos que la nuestra nos da. Y pues en la suya hay más bien, que mal en la nuestra, y murió Él para darnos vida, no pierda nuestra desconfianza ni nuestra pereza tesoro tan grande y tan cierto como en Él tenemos.

2. Y si no alcanzáremos lo que deseamos de las riquezas de Dios, no por eso perdamos el sosiego del corazón: pues el ser muy privados suyos es tan particular don suyo, que no a quien lo quiere, mas a quien Dios quiere se da; y dase a pocos; y *forte* no

(1) Esta carta no había pasado a las ediciones modernas.

quiere el Señor que seamos nosotros de aquéllos. Supliquémosle sea Él glorificado en nosotros, y que nos conserve las misericordias que nos ha hecho, de darnos corazón que le crea y ame, aunque como flacos; y agradecidos a esto, esperemos lo demás que nos quisiere dar, y sea en paciencia y no en desmayo; que cuando el hombre no piensa, está el Señor más cerca; y cuando los de Israel fueron más maltratados en Egipto, estaban en víspera de su liberación.

125.—A UNA SEÑORA

En la Cuaresma. Que Jesucristo en la cruz es un espejo en que parecen las manchas de nuestra alma, y medicina con que se curan nuestras enfermedades; y que llevar parte de su cruz es empresa de grande honra; y del ansia por comulgar.

1. Si en la noche del Nacimiento del Señor llevaron a vuestra merced al monte Calvario, y le dieron compasión del Crucificado, y lágrimas con que lavar sus pies, de creer es que ahora, en Cuaresma, y cerca del tiempo en que se representa su pasión, la tendrá el Señor por tan moradora de aquel monte, que de allí no la deje salir. Bien está allí, señora. Dígale al Señor como San Pedro (*Mt.*, 17): *Bien es que nos estemos aquí*, y será mejor petición. Porque él deseaba el monte donde había el descanso; en estotro hay trabajo; y por esto lo postrero es señal de mayor amor; pues no en el descansar, mas en el penar se demuestra y emplea el amor del Señor. Estése, señora, en las llagas de su Señor; pues por sanar las de ella pasó Él aquéllas. Y si no es para pasar ella por Él otras tales, sea para agradecérselo a Él, y para compadecerse con Él, y llorar porque sus pecados le pusieron en aprieto tan grande. More allí, señora, no de paso, como por venta, como *los que pasaban por el camino y movían sus cabezas blasfemando del Señor* (*Mt.*, 27, 39), sino esté de reposo muy fijada par de la cruz, como la Virgen y Madre, y el amado discípulo y las otras santas mujeres. Porque los que de paso se pasan por este beneficio tan grande, ni lo conocen, ni agradecen, ni les queda más que el sonido; y algunos, como son los infieles, con blasfemar de Él, porque no se paran a mirar despacio esta gran maravilla

de amor. Mas el cristiano que mora aquí, dice de corazón (*Ps.*, 131): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí me craré, porque la escogí.* Y si la esposa no está enclavada en el corazón donde su Esposo está enclavado en el cuerpo, ¿cómo escapará de nombre de desamorada y desagradecida?

2. Allí, señora, hallará remedio para la ponzoña de las falsas alabanzas, y avergonzarse ha de verse ella honrada y pregonada por buena, viendo al que de verdad es bueno y santo, de éstos ser pregonado por malo y engañador. Allí verá cuán poca razón hay para pensar que es digno de estima, en cuanto es de su parte, lo que ella hace; pues tan falto es, cotejado con lo que el Señor hace allí, y con lo que ella debía hacer. Mírese, señora, en este espejo, y verá bien las manchas de su rostro; pues aun cuando más mansa ha estado, si se coteja con la mansedumbre de Él, será su mansedumbre como ira; y su obediencia cotejada con la de Él, será muy suelta, y su humildad muy soberbia. Mas el mundo ciego piensa que no hay otros pecados, sino los que él conoce por malos. Otros son los ojos de Dios, otra la regla con que nos mide, en la cual muchas veces se halló falto lo que en los ojos de los hombres parecía muy justo y cabal. Por tanto, cuando esas lisonjas ponzoñosas le dijeren, diga dentro de su corazón lo que dijo San Pablo (1 *Cor.*, 4): *El que me juzga, el Señor es.* Y acuértese luego de cómo el Señor fué pregonado por malo, y suplíquele que no permita Él que ella lo sea por buena; y calle su boca, que el Señor lo verá. Y mire bien que cuando sea despreciada, que se goce mucho de ello; que quizá no permite el Señor que le digan mala palabra, porque no tiene ella fuerza para la sufrir.

3. Quien quiere algo de la cruz del Señor ha de recibirla como a una preciosa reliquia, con mucha reverencia y agradecimiento, y estimarla en más que otro estimara todo el tesoro del mundo. Y porque hay pocos que estimen como deben las reliquias de la cruz, por eso el Señor no se las da; porque quiere que su cruz sea honrada y muy amada, y llevada con gozo. Y así déjanos en nuestra niñez, sin enviarnos ejercicios de varones; cuanto más si nos derribamos con impaciencia o demasiada tristeza en alguna cosa de estas que nos envía. Así que, señora, si tiene mucho amor del Crucificado, Él le dará parte de su cruz: mire bien que la reciba como empresa de grande honra, como dice a la Esposa (*Cant.*, 8): *Ponme como*

sello en tu corazón y sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como muerte.

4. Y en la pena que tiene por no poder recibir al Señor las veces que quiere, no se turbe; que ya le he dicho que quiere el Señor que le cueste algo; y es mucha razón, pues las ánimas costaron tanto a Él. ¿Piensa ella que en diciendo nuestro Señor: «Sean más las ánimas», luego se le rindieron? ¿Piensa que el amor que vuestra merced tiene a nuestro Señor, y el señorío que Él tiene sobre ella, costó poco a Él? No por cierto; que su sangre derramó como un esclavo, en trueque de que su ánima sirviese a Él y fuese de Él. Pues así conviene hacer al ánima que lo quiere alcanzar; que lo sude primero, que lo llore, que lo importune, que sufra malas palabras y aun malas obras; y todo le parecerá poco por recibirlo una vez; y si no se lo dieren, ya habrá ganado mucho en haber sufrido algo por Él; y así no sale en balde el buscar a Dios. Negócielo con Él; y si Él dice sí, no habrá quien lo estorbe; y si se le pusieren a estorbar, no saldrán con ello; y si salen, entienda que ella no ha bien negociado con nuestro Señor, que le quiere decir: «Da voces más altas», y tome este consejo. Y cuando le diere gana de comulgar, piense como si estuviese comulgando, y suplique a nuestro Señor, pues es todopoderoso, que le dé allí, comulgando espiritualmente, lo que le diera si comulgara sacramentalmente; y placera a su bondad, y no la dejará tornar ayuna, si ella va bien aparejada y de dos o tres días antes. Y por esto no piense que ha de dejar de confesar sus pecados al confesor después; sino hasta que tenga lugar para decirlos al confesor, digo que los diga a nuestro Señor.

5. Y en todo caso tenga su corazón en paz, y conserve la obediencia y humildad con sus mayores y Prelados; que este es el camino de nuestro Señor, y no conviene salir de Él; y esfuércese a pasar adelante en sus ejercicios, que aunque cuando se hace parece que no se saca provecho, sí se saca, y después se siente. Y el Señor mirará algún día a los que han andado mucho tras Él; y vale más un día que Él mira, que los tres de trabajo que anduvieron tras Él. La corona le está aparejada en el cielo: Dios será su ayudador, y no la olvidará. Persevere en la obediencia *hasta ver al Señor de los señores en Sión (Ps. 83)*. El cual la haga muy suya, santa y salva.

126.—A UNA DONCELLA

Que se llamaba Inés. Felicítala por la Pascua y la exhorta que trabaje por parecerse a su Esposo, el Rey celestial.

El CORDERO que murió por sus ovejas, y resucitó para bien de ellas, os dé muy buenas Pascuas, y os haga muy conforme a su santa voluntad, pues para esto os llama a su servicio.

Hermana, cuando desposan acá en el mundo, preguntan si son «para en uno» el esposo y esposa; y la que quiere ser esposa de nuestro Señor Jesucristo, ha de trabajar de ser muy conforme a Él, no en riqueza de vestidos vanos, ni oro ni plata, sino en lindeza de buenas costumbres. Y si bien lo miráis, vos debéis tener cuidado de esto, porque el Señor os quiere por esposa, y vuestro nombre *Inés* vale tanto como CORDERA; y pues el nombre de Él es CORDERO, y el vuestro CORDERA, mirad que le parezcáis en la obra como en el nombre: sed mansa entre los enojos, sed humilde entre las afrentas, sed blanda en sujetar vuestra voluntad, sed piadosa en lo que a los prójimos toca, sed amiga del trabajo como CORDERA que sacrifican. Y miraos muchas veces en Jesucristo vuestro espejo, para que veáis si estáis fea o hermosa; y mirarse ha Él en vos, y bienaventurada seréis por ser mirada de tan alto Rey. Y pues ya estáis prendada de su amor, id creciendo cada día en bondad. Y tened una santa soberbia, como *Santa Inés*, para despreciar todo el mundo entero por amor de Jesucristo bendito.

Y para que os acordásedes del CORDERO del cielo, os llevaron ese cordero; miradlo con ojos cristianos, y acordaos de nuestro Señor cuando lo viéredes. Y hágaos el Espíritu Santo muy gran sierva suya. Amén.

127.—A UNA SEÑORA.

Que no hay mayor prueba del amor a Cristo, que padecer trabajos por Él: y que para vencer al demonio, el remedio es confiar mucho en Dios y tener el pensamiento bien ocupado.

1. Bueno llegué acá, gracias a nuestro Señor; y aunque di acá con mi venida mucho gozo, bien creo

que di allá con mi partida más pena, por ser el amor mayor. Plega a nuestro buen Jesús que el gozo de acá y pena de allá sea todo para servicio suyo, como espero que lo será; pues acá se entiende en algunas cosas de que es servido, y allá recibe en sacrificio la pena que se pasa.

Y no piense vuestra merced que es al Señor cosa desgraciada (1) o de poco valor ofrecerle sacrificio de penas; pues habiendo Él gozado tanto de ellas, no podrá sino amarlas en nosotros como en Él, y darnos a beber del cáliz que su Padre le dio, y pedirnos testimonio si le amamos, como el Padre pidió a Él, y Él lo dió cuando dijo (*Jn.*, 14): *Para que sepa el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí;* y el negocio a que iba era a padecer muerte de cruz, porque las injurias a la Majestad del Padre hechas, fuesen satisfechas con pagarlas Él, siendo humillado y acoceado, porque la honra del Padre fuese estimada. Así, señora, hemos nosotros de responder a nuestro Señor diciendo: «Para que Él vea cómo le amamos, esforcémonos a padecer. No tengamos el corazón caído con la carga, mas levantémonos a padecer; y en esto enseñemos el amor que al Señor tenemos pues no hay mayor prueba de amor que padecer por el amado.» Y por esto dice el Apóstol Santiago (1, 4) que *la paciencia tiene obra perfecta*. Y como los que tienen sentido de carne juzgan una cosa por mala por serles amarga, así los que tienen el del espíritu la han de oler por buena por ver en ella trabajos; porque éstos alegaba el Apóstol San Pablo en prueba de que era Apóstol enviado de Jesucristo (2 *Cor.*, 11), y de éstos se gloriaba, como suelen contar por honra las hazañas que han hecho.

2. Eche, pues, vuestra merced su cuenta, y mire si su obra tiene sello, y hallará que desde el primer día hasta ahora está llena de sellos, porque está llena de tribulaciones de dentro y de fuera, de hombres y demonios, de su sangre y de extraños; para que vea en su obra una semejanza de cruz de nuestro Señor, y tanto más la conozca por de Dios, cuanto más la viere arreada (2) de estas señales. No sea ella como los judíos, que se escandalizaron en nuestro Señor porque no trajo descansos y prosperidades temporales, antes trajo lo contrario. Y por esto, así como monas

(1) *Desgraciada*: desagradable.

(2) *Arreada*: adornada.

royendo la cáscara amarga, pensaron que todo era así, y así arrojáronlo lejos de sí, y perdiéronlo, y fueron ellos perdidos. Mas la Iglesia cristiana tanto más lo conoce por su verdadero Esposo y Ungido, cuanto más pobreza y desprecio y trabajos trae. Así como hizo la hija del rey Faraón, que viendo ir por el río abajo una cestica de mimbres, y en ella iba un niño, que ella sacó, dijo (*Ex.*, 2, 6): *De los niños de los hebreos es este infante.* Y ¿en qué lo conoció? En la pobreza, y en ir a tanto peligro: así el verdadero cristiano conoce a su Cristo por verle ir sobre aguas de tribulaciones, y todo al contrario de la carne y sangre.

3. Y así como Él es conocido por esta señal, así sus obras lo son, que no han de ir reguladas con el humano juicio, sino con fe; y que acaecen cosas en ellas, que sola la fe basta a dar satisfacción, y toda razón se turba, y deja a obscuras a quien a ella se arrima. ¿Quién dijera que habían de hallar los Reyes Magos al Rey del cielo en un tan pobre portal y pesebre? Y por esto ellos iban adelante a lo buscar en alguna casa grande y rica, conforme al que nació, pues esto parecía conforme a razón. Mas la estrella no quiso pasar de allí, mas echaba nuevos rayos, como haciéndose toda lenguas, y diciendo: «Aquí está, donde no pensáis»: hasta que creyendo a la estrella más que a su propia razón, entraron, y hallaron, y adoraron al que buscaban, y gozaron del fruto de su fe, y escaparon del peligro de su razón, que los quería engañar. Sea nuestro Señor bendito, que aunque en vuestra merced ha habido peleas, y muy grandes, entre razón y fe. que en fin ha vencido la estrella, y ha quedado hollada la razón, por muchos colores y afeites que traía; los cuales con la luz de la fe son descubiertos y conocidos por puros engaños. Pase adelante, señora, pase, y hágase fuerte en fe, y no en razones; y parézcale muy bien Jesucristo en todo lo que hace, hará y ha hecho con ella, acordándose de la palabra que dijo a los discípulos de San Juan (*Mt.*, 11): *Bienaventurado es el que no se escandalizare en Mí.*

4. Esté muy asentada, que este a quien siguió es Jesucristo, este por quien todo lo dejó es Jesucristo; y contenta con haberlo perdido todo por Él, esté muy rica. Porque quien más pierde por Él, más glorioso es en el reino de Dios. Y para esto es bueno tener mucho, para poder perder mucho por Él, y tener grande

honra delante de su acatamiento y delante los justos, donde cada uno contará lo que por su Dios dejó. Y mire bien no deje hollar su corazón de lo que una vez ella holló, ni lo deje vencer de lo que una vez venció, porque no se diga de ella que tomó lo que dejó, y que *después de se haber desnudado la ropa mala, se la tornó a vestir* (Cant., 5, 3). Esté firme, libre, esforzada, como el día que comenzó la guerra. Y las marañas que el demonio le trajere, huellelas, diciendo como David (Ps., 17): *En favor de mi Dios pasaré el muro*. Porque muchas veces representa el demonio unos muros tan altos, que hace decir a los flacos lo que dijeron los hijos de Israel (Num., 13), que *las ciudades de la tierra de promisión eran cercadas con muros que llegaban hasta el cielo, y que tenían moradores tan grandes, que comparados los hijos de Israel con ellos, parecían langostas con gigantes*; y así desmayaron, y perdieron la tierra que ya tenían en las manos. ¿Qué hemos de responder entonces nosotros sino decir: «*En mi Dios pasaré el muro, por alto que sea; en mi Dios hollaré dragones y leones; y Él vencerá los gigantes con las langostas; pues mientras más flaqueza hay en mí, más honra gana su brazo en vencer conmigo a los fuertes.*» Y viéndola sus enemigos fuerte y alegre, enflaquecerán ellos y entristecerse han. Porque como sean envidiosos, nuestra alegría los mata, y nuestra tristeza los aviva.

5. Y mire bien que no esté un momento ociosa; porque no hay persona tan santa, que se pueda valer, si tiene plaza al demonio, escuchándole sus marañas y pensamientos que trae. Y hace muy mucho al caso para quien tiene pelea con él, tener alguna ocupación que le haga tener atención, para que olvide algo de lo que el demonio trae. Porque de otra manera, aunque se trabaje por desechar, no podrá; y mi veces acaece dar el combatiente consigo en el suelo, derribado con el peso de la tristeza. Y entonces se huelga el demonio de verle caído como a bestia debajo de carga, y lleno de tristeza y amargura y caimiento de corazón; y de allí llévalo a otros pensamientos peores, como se llegan moscas a la olla que no hierve. Y este es su tiro para contra los que están solos, derribarlos con esta tristeza y pereza. Por esto decían los viejos santos (3), que cuando el solitario hace la celda, se ríe el espíritu de la pereza, y sienta par de

(3) Así suele llamar el autor a los Padres del Yermo.

la celda sus reales. Y por esto no hay cosa de que tanto los solitarios huían como de estar sin alguna ocupación que les ayudase a cerrar la puerta contra los pensamientos del demonio; y ya mudaban una, ya otra, trayendo el corazón con fervor, sin dejarlo caer; y con esto andaban siempre fuertes, y no hallaba el diablo por dónde les entrar. Y este es muy mejor modo para pelear que no otro, aunque no consientan en los pensamientos: porque a bien librar, aflacan la fe, entibian el amor, y hacen perder el tiempo mirando: «Esto y esto me trae, y esto viene de aquí, y estotro de allí.» Porque aunque esto no sea consentir, es andar el ánimo angustiada, y ocupada solamente en defenderse de los golpes que le dan; mas de la manera que he dicho, anda más guardada, y los enemigos más lejos, y con un fuerte vigor, que pone espanto a los demonios. Y así decían los Padres, que era imposible tener los pensamientos quedos, sin estar el cuerpo ocupado en alguna cosa, y no poder llegar uno a la perfección si por aquí no pasaba.

He dicho esto porque creo que grande alivio sería para vuestra merced no estar siempre a las manos con sus enemigos, sino hurtarles el cuerpo; como cuando uno anda por hablar al otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le da lugar. Bien sé que, aunque todo se haga, que ha de haber combates, y lanzarse los pensamientos del demonio; sino digo esto para que no tuviese tanto poder, y no diese con ella en el suelo, cargándola de amarguras y flaqueza de corazón.

El Señor que la llamó y la ha guardado, la tenga siempre de su mano, y la haga muy agradable siempre en sus ojos, como yo se lo suplico y deseo. Amén.

128.—A LA MISMA SEÑORA.

Que las enfermedades son aguas y afeites con que se hermosea el ánimo; y se han de sufrir a ejemplo de Cristo, que por hermohear las nuestras con su sangre, la derramó con ferviente amor.

Priesa, señora, priesa, que es tarde, y hemos andado poco, y queda mucho por andar para llegar al lugar de la eterna holganza. Dicen que está bien cargada de enfermedades; sea en buena hora, que así estará hermosa delante los ojos de Dios, como esposa

ataviada con preciosas joyas. Y aunque sean costosas, todavía se han de amar. Que por mucho que a vuestra merced cueste el estar hermosa y agradable a los ojos de Dios, más le costó a Él, pues a poder de tormentos pagó nuestros pecados que nos afeaban, y con el lavatorio de su preciosísima sangre nos emblanqueció más que la nieve. Y no es razón que, trabajando Él tanto por nos, le dejemos solo en su cruz, sino que con mucho amor y alegría le acompañemos, no sólo mirando lo que padece, mas padeciendo juntamente con Él. Porque no sé cómo se compadezca su amor viéndole pasar tanto, y no querer tomar parte de sus penas, pues Él tomó las nuestras con tan excesivo amor. Y pues que el descansar era suyo, y el padecer nuestro, derecho tenemos para le pedir penas, pues le pedimos lo que es nuestro. Sino que donde no hay amor no hay querer padecer; y donde poco amor, no se desea; y si algo viene, parécenos mucho; y luego pedimos que nos quiten de la cruz, como gente que tiene poca fuerza de amor.

Prieta, pues, señora a padecer, que hasta aquí regalo ha sido nuestra vida; y si otra cosa nos parece, es por nuestra tibieza, que con poco se contenta. Prieta a nos humillar, a nos despreciar, y querer ser por su amor despreciados. Que la cruz tres brazos tiene, y todos amables y deseables para los que aman al Señor, que en ella se puso; tormentos, desprecio y pobreza son. Y algunos no quieren ser abrazados con ninguno; otros no con todos; mas el amor verdadero por juntarse con quien ama, todos tres los quiere, y hace un *ramal de tres cuerdas*, que le ata con su Señor, *y dificilmente se rompe* (Eccl., 4, 12).

Con tanto se ha de juntar amar al prójimo, pues nosotros fuimos la verdadera y pesada cruz que el Señor llevó, y nosotros le apretamos como viga de lagar, y le hicimos derramar su santísima sangre; y así hemos de amar y sufrir a los prójimos, y darnos por esclavos de ellos, mirando en aquel Señor que el Jueves Santo se arrodilló delante sus discípulos y les lavó los pies con agua, y el viernes siguiente lavó las ánimas con sangre de sus sacratísimas venas. No sea nadie suyo, alzándose consigo mismo, pues nos compró Cristo por precio muy justo, y nos mandó que por su amor amásemos con corazón, palabras y obras y verdadera paciencia a los prójimos, haciéndonos esclavos por amor, a semejanza de Cristo, que se hizo nuestro hasta morir por nosotros con amor.

Esta es, señora, la prisa que nos hemos de dar para que el Señor nos halle aparejados para las bodas eternas, y nos haga compañeros de su gloria, que tiene aparejada para los que aquí le aman, y por su amor cumplen sus palabras, y llevan cruz, y sirven a próximos por Él.

Yo he predicado unos días; ya he caído. Debe ser, como no soy para hacer penitencia, ni llevar cruz tomándola yo, échala el Señor y pónemela de su mano. Ruéguele vuestra merced, ya que no soy para tomarla, sea con su gracia para llevarla, como es digna cruz de tal mano dada. Y el mismo Señor crucificado sea amor único de vuestra merced para siempre.

129.—A UNA SEÑORA.

Que el cáliz del Señor es dulce considerando que Dios lo envía; y que al verdadero amador no hay cosa amarga, sino es ser Dios ofendido.

¿Qué hace V. S. de callar? Si es de muy ocupada con nuestro Señor, callaré yo. Si de muy triste, quejarme he yo, porque el cáliz que el Señor envía con amor, se recibe con desagradecimiento y desamor. No es razón, señora, no es razón que entrístezca cosa a la criatura, viniendo dispensada por la mano de su Criador. Porque nos ha de ser cosa tan preciada el contentamiento de Él, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere. Porque si no, ¿dónde está el amor, si la voluntad no es una, en lo uno y en lo otro? A Dios gracias, que como por amor atribula a los suyos, por amor les da consuelos. Porque la pena que sienten, es en ver a quien aman ser ofendido o poco servido, doliéndose de culpas ajenas como si fueran suyas; y su consuelo en las penas, es ver que Dios las envía y se sirve que ellos las pasen. Todo es poco y muy poco, sino el contentamiento del Señor de todo.

No plega a su Majestad *que tal mancha demos en nuestra honra (Eccli., 33, 24)*, que a otra parte miremos que a Él. Sople el viento de nuestra inconstancia de donde soplar, perseveremos en mirar a Dios, que *Él sacará nuestros pies del lazo (Ps., 24)*, y después de los vientos contrarios, *vendrá a nos sobre la mar, y entrando en nuestra nao hará bonanza (Mt., 14)*. No viene esto todas veces tan presto como que-

riamos, porque *a la cuarta vigilia de la noche* vino el Señor a sus discípulos. Mas bástenos esperar que ha de venir a remediarnos, aunque no sepamos el cuándo; y si se tarda, quiere probar nuestra fiucia, y quiere probar nuestra paciencia, y dar ocasión a nuestro amor en que se ejercite. Porque cuando es verdadero, más crece con el soplo de la tribulación; y trabajando por no ser desleal, hácese mucho más leal, por cumplir lo que está escrito (*Prov., 17*): *En todo tiempo ama el que es amigo.*

A nuestro Señor plega fortalecer a V. S. con la fuerza de su santo amor, para que ni aguas ni vientos lo apaguen; mas como viva llama queme todo lo que le contradijere, y con los vientos crezca más, a gloria del que la ama, y se le tiene guardado por galardón en el cielo.

130.—A UNA SEÑORA.

Que Dios envía con igual amor lo próspero y adverso; y que en la adversidad se ha de echar el áncora en las manos de Dios.

1. A Dios gracias por todo lo próspero y adverso. pues todo lo envía Él, y con amor de aquellos a quien lo envía. No hay cosa desabrida en el gusto del amador de Dios, pues halla la semejanza de su corazón. En lo que le envía Dios halla su amor, y con esto se satisface, sin tener cuenta qué color o sabor tiene *el ramo*, pues ve que *la raíz* es tan de estimar. Y pues vuestra señoría quiere tratar con nuestro Señor, o, por mejor decir, Dios quiso que tratase con Él, no le parezcan mal las leyes de esta amistad, pues el Amigo es *rectísimo* y sin maldad, y todas sus carreras son *igualdad, peso y medida*. No le parezca a vuestra señoría fuera de ley de amor darle un tiempo gusto de la miel, y en otro de hiel; porque, entre estas mudanzas en los efectos, uno es el corazón de su Amado, que por una vía y por otra procura el bien de ella. Y cuando le parece que no le envía bien, hácelo Él por no enviárselo pequeño. Pequeño es el amor que no padece algo por el amado; y sin amor no hay bien, y el amor sólo es el bien. Y por esto quiere Dios dar a sus amados su amor; y amor no para descansar, sino para trabajar, porque ricos en el amor trabajado, tenga el Señor ocasión de llevarlos adonde sean muy más ricos en amor, y muy lejos de traba-

jos; y amen y gocen, y no como acá, que aman y desean, aman y trabajan, y al mayor amor sucede mayor trabajo, o de pena de la ausencia del Amado, o de le ver ofendido, o de verse tan probado, que se siente flaco en la prueba, y quizá dudoso en si de Dios es amado.

2. La áncora que entre estas tempestades ha de tener a V. S. en pie y firme, será una libre y verdadera renunciación de sí toda, y de todas sus cosas en las manos de su amantísimo Padre, con la cual quede desapropiada de todo, y el Señor Señor de ello, sin más osar entremeterse ella en lo que de ello ha de querer Él hacer. Sea en mudanzas que al ánimo acaecen, sea en trabajos del cuerpo, haga ella lo que siente que Dios le manda, con cristiano cuidado y diligente prudencia, y tenga confianza que el suceso será muy bienaventurado, como guiado de mano de Padre sapientísimo, poderosísimo y amorosísimo, cuyo intento es pedir que le pongan los negocios en las manos, no para olvidarlos, sino para que no lo echemos a perder con nuestra necedad, o no los podamos acabar con nuestra flaqueza, o no busquemos nuestro mal a sabiendas. ¡Oh dicha tan grande, querer Dios, y pedirlo Él encargarse de nuestros negocios, y que estemos ciertos, que pues con ellos se convida, es así como dice, pues es muy lejos de su verdad el engañar a nadie! Y ya que no se quisiera encargar, dijéramo claro. Mas su bondad le mueve a que lo haga, y su amor a que lo diga, y a nosotros nos asegura su grande verdad, por lo cual dijo (Ps., 88): *Lo que sale de mis labios, no lo dejaré salir en vano.* Y pues la ley de los que se aman es que se ayuden en los cuidados, esté V. S. descuidada con el cuidado de Dios. Y cuando la tristeza o tempestad le combatiere para que torne a tomar lo que había renunciado, diga lo que San Pablo decía (2 Cor., 1): *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardarme lo que deposité para aquel día. Poderoso le llama, y amoroso lo cree y verdadero.* Ser poderoso, de su ser le viene, y ser bueno y leal y verdadero; y por esto es causa de nuestra esperanza, y de nuestro descanso en el cuidado que de nos tiene.

3. Camine V. S. con su cruz en compañía de su Señor, y entienda que el amor que le han dado no es para holgar, sino para trabajar. Porque no quiere Dios que estén sus dones ociosos, y éste menos, porque es el mayor de todos, y de tal condición, que no puede

estar ocioso si vivo está. Su ser es hacer o padecer; y como vivo fuego que del cielo vino, está en movimiento continuo subiendo hacia allá. Y por dificultad de la empresa no se arrepienta de la haber comenzado, pues sabe que ella no se metió en ello; y quien desde el cielo se le dió a conocer, y tan lleno de amor, ese mismo dará fuerza para andar y acabar el camino. Vuestra señoría no estime en poco la merced; no se haya flojamente con ella, no se desmaye, si alguna vez faltare, que no es amigo este celestial Padre de ánimas desabridas que le turben el corazón que es aposento de Él. Bien conoce su alteza nuestra bajeza; y como David (*Ps.*, 102) dice, *nuestro figmento* (1); y se contenta mucho de nuestro humilde conocimiento, que confiese nuestra flaqueza con sosiego y confianza de perdón mirando a Él. Porque así como le hace injuria quien no conoce sus propias faltas, así también quien conocidas no se consuela con la bondad de tal Padre. Y de esta manera será su camino seguro, y el Señor le dará luz en las tinieblas. Si ella la espera sin desbaratarse de lo comenzado, poco a poco la irá enseñando y doctrinando de cosas que ella no sabe.

131.—A UNA SEÑORA.

Que en la tierra donde Dios fué aheleado hay que beber hiel para llegar adonde hay toda dulcedumbre.

Bien va así, ilustrísima señora, bien va así. Más vale hiel que miel, en la tierra donde Dios fué aheleado. Así van a la tierra que mana leche y miel, donde Dios será visto faz a faz, y *no habrá gemido ni dolor*, porque el Señor omnipotente *enjugará las lágrimas* (*Apoc.*, 21, 4) que acá hizo llorar; y como supo acá entristecer, nos sabrá allá alegrar. Pase vuestra señoría con esfuerzo su carrera, no como quien corre de burla, sino, los ojos puestos en la joya, enamorada de la hermosura de ella, diga que *no son dignas las pasiones de esta vida para la gloria que se descubrirá en nosotros* (*Rom.*, 8, 18). Y pues ya está avisada que conviene morir a todas las cosas, no quiera ella vivir a lo que Dios quiere que muera, sino viva a Aquel que, por comprarle su vida y su amor, perdió Él la

(1) *Figmento*: nuestra compostura o hechura de barro.

suya por amor. ¿Qué hay que pensar en esto? Dios se dió por ella, y se ha dado a ella, ¿quedarse ha ella consigo misma, alzándose con su corazón, y hurtando su amor a quien tan justo se le debe? San Pablo (2 Cor., 5) dice que *para esto murió Jesucristo, para ser Señor de vivos y muertos, para que los que viven no vivan para si mismos, sino para Aquel que por ellos murió.* Y pues el título de nuestra compra es tan justo, seamos por amor de Aquel que nos compró, y no, cierto, para matarnos ni maltratarnos, sino para hacernos participantes de Él.

¿Dónde mejor podremos estar, que en Él? ¿Cúyos mejor podremos ser, que de Él? Él es la bondad y todos los bienes. Y si de otro somos, ni aun mantenernos podremos, cuanto más ser bienaventurados; mas quien de El fuere, alégrese, que escrito está (Ps., 32): *Bienaventurada la gente de la cual el Señor es su Dios, y el pueblo que escogió para heredad suya.* Mire vuestra señoría quién tendrá mejor labrada la heredad, Dios o la criatura. Y aunque Él dé golpes, y meta la reja del arado, y rompa la tierra, tierra es, y para que acuda con mucho fruto lo hace; porque si le perdonan el hierro, quitarle han la bienaventuranza de la fertilidad. Vuestra señoría tenga los ojos en el Señor, esté colgada de su contentamiento, y pues en tan buenas manos está, descanse el corazón de ella; que el ánima que en Dios ha puesto su fe y amor, entre los peligros tiene su paz. Él sea esfuerzo de V. I. S. y todo su amor.

132.—A UNA SEÑORA

En Semana Santa. Esfuérzala a padecer trabajos por amor de Jesucristo; que no ponga tasa en padecer, porque es ponerla en el amor. Alaba sus comuniones.

Dios dé a vuestra merced muy buena Semana Santa; quiero decir, muy gran sentimiento del vivo amor que nuestro Cordero Jesús tuvo en ella, y de los puros dolores que le acompañaron hasta que su ánima del cuerpo salió. Muchos fueron, más que la mar; mas muy más fué lo que amó, que lo que padeció: y si fuera menester padecer más, nunca se cansara, porque no tiene tasa su amor.

¿Entiende, señora? No se contente con lo que pa-

dece, aunque sea mucho; porque si en el padecer ponemos tasa, en aquel punto la ponemos en el amor; y en éste no es razón que la haya, pues la tasa de él es amar sin tasa. Ame, señora, a nuestro Señor, y salten centellas vivas de su amor, que son fervientes deseos de padecer por Él: que la Esposa dice (*Cant.*, 7): *Salgámonos al campo, mi Amado, y veamos si nuestra viña ha florecido, y si las flores se han tornado en frutos, y si han florecido las granadas.* El salir al campo es un desembarazar el pensamiento, y una libertad que Dios da, con que el ánima no es ocupada ni impedida por cosa de acá. Y allí se para a mirar qué deseos buenos tiene, y si de ellos salen buenas obras, porque no sean deseos vanos. Y aunque tenga deseos y obras, no se contenta si no *han florecido las granadas*, que, quiere decir, si tiene deseos de derramar la sangre por Jesucristo; porque aquello es darle verdaderamente el amor, pues *ninguno lo tiene mayor, que dar su vida por quien ama* (*Jn.*, 15). Y aunque demos la vida por Cristo, aun es poco: debemos desear tener muchas, para darlas todas por Él, pues una sola que Él por nos dió, vale más que todas las de los hombres y ángeles.

Por tanto, señora, pues nuestra vida es poca, esforcémonos a dársela a nuestro Señor. Y como el amante de sí mismo tiene todo su deseo y pensamiento en «cómo descansare y huiré del padecer», sea el nuestro «cómo más padeceré por nuestro Señor». Y no nos contentemos con padecer lo que Él nos envía, sino salgámosle al camino, deseándolo primero que venga. Que si nosotros hubiésemos hambre de cruz, el Señor nos daría mucho de ella; porque escrito está (*Prov.*, 10): *Que no afligirá Dios con hambre el ánima del justo.* Mas como luego nos hartamos y damos arcadas, no nos da sino poquito, porque no lo vomitemos todo, hasta que se nos va ensanchando poco a poco el estómago, y nos va sabiendo el padecer dulce; y entonces está nuestra ánima sana, pues le sabe bien su manjar, que es el Crucificado.

Y mucho huelgo de las comuniones de vuestra merced; porque para llevar cruz, menester es recibir al que la llevó en sus hombros, pues Él es el que la lleva en nosotros; y así lo haga vuestra merced, aunque el demonio no quiera.

Y mire bien no se haga escrupulosa a cabo de rato con las confesiones; que son artes de nuestro enemigo para quitarle la paz. Bien confesada está, y a lo

que podemos conjeturar, también perdonada; entienda más en amar que en temblar, y en confiar que en escrupulear; que esto es lo que el Señor más quiere de ella.

133.—A UNA SEÑORA.

Que la miseria del hombre es tan grande, que muestra Dios su grandeza en remediarla.

1. Recibí la carta de V. S., y anteayer escribí a V. S.; mas todavía había que responder, a esta presente, respuesta de hacimiento de gracias a la fuente abundantísima de ellas, y respuesta de reprehensión a nuestra maldad, que a tanta bondad no se deja, no la ama, no la sirve, no la conoce como debe. ¿Qué le parece a V. S. quién es Dios? ¿Qué le parece quién es la criatura? ¿Ha visto cosa tan buena? ¿Ha visto cosa tan mala? No veo para qué somos buenos, sino para que más se demuestre quién es Dios, amando y librando a unos tales; y a Él gracias, que le servimos de algo, siendo ocasión que su gloria aparezca más clara en la obscuridad de nuestras tinieblas. Si el Altísimo toma por su honra hacer mercedes a unos tales, ¿quién le irá a la mano? ¿Quién desmayará por sus faltas, si el Señor quiere enseñar sus riquezas en los vasos miserables para gloria de su misericordia? (Rom., 9, 23). Alabada sea tal bondad, de donde tales obras proceden.

2. ¿Qué razón es que deseemos ver corazón del cual tales frutos proceden! ¿Qué le parece a V. S. que será la admiración y el amor y el gozo que, cuando a este inmenso mar de bondad veamos, tendremos, si parece que no cabe en nosotros cuando una centella de sus obras nos enseña acá? Si sus manos son tan hermosas, ¿qué tal será su faz, sino la misma hermosura infinita, que saque los corazones de sí mismos y los ponga en Sí mismo, transformándolos en Él, y más contentos con ser de Él, que con ser suyos propios, y nadando de gozo en las mismas entrañas de Él, hechos un espíritu con Él, tan unidos como está un hierro metido en una fragua con el fuego, poseído de él, y tan lleno de él que parece ser fuego? ¡Ya viniese aquel día, cuandouviésemos presente la hermosura del todo Hermoso, para que viéndolo delante los ojos, no se nos fuesen a otra parte, pues tan mal empleados fuera de Él son!

3. Entretanto, señora, trabajemos de alzarlos a Él; que según su palabra que en David dice (Ps. 24): *Mis ojos siempre al Señor, porque Él sacará mis pies del lazo.* Y otro remedio igual no lo hay, que en el tiempo de la necesidad acorrerse luego el niño al Padre; y Él es tal, que luego lo recibe en sus brazos, aunque el mismo niño no lo entienda. Y es tanta su largueza, que, de mucha, no puede la humana miseria creer con sus fuerzas que es esto verdad; porque nunca su corazón llegó a aquel quilate de bondad ni lo vió en otro. Y como unos flacos ojos, que mirando al sol, no tienen fuerza para ver tanta luz, así acaece a nuestra flaca vista con las obras de Dios. Mas la fe ensancha el corazón a creer que, aquello que nos parece tan sobre nuestro juicio, aquello tan sobre todo merecimiento y medida, aquello es Dios, y propio rastro y señal de Él; y cada vez que le falta el esfuerzo para comprender esto, adora aquello que así sobrepuja a todo su juicio, y poco a poco va oliendo y rastreando a Dios, conociéndole ser Él por el rastro de ser la cosa muy maravillosa. Y pues esto es lo que el Señor de V. S. quiere, déselo ya, y darle ha descanso, pues desea la salud de ella; y *la voluntad de Él es la santificación de ella* (1 Tes., 4, 3). Y cuando fiucia le faltare, aprovéchese de la misericordia; pues ha días que le dije, que entre otras señales de ser amada de Dios, tomase ésta por una, decirselo yo.

Y hace muy mal en pasar liviano por sus mercedes; porque aquello es de ánimo floja y no avivada, que no tiene peso para pesar cada cosa en lo que es. Y verse ha esto ser así cuando la luz del Señor viene, que hace conocer y estimar en lo que es razón lo que Él hace por nosotros; y sabe muy bien reprender la pesadumbre de nuestra confianza, y la pereza de nuestra tibieza, que con tales prendas aun no se fía, y con tales espuelas no anda ligero. Y de esta manera misma respondiera aquel Padre a V. S. si se le diera relación clara de la enfermedad, la cual nuestro Señor curará en su tiempo, pues ha tomado a su cargo ser médico de su ánimo, para que mucho resplandezca su gloria, cuando de tan enferma la parare muy sana; y diciéndole ella (Jer., 17, 14): *Sáname, Señor, y seré sana; sálvame, y será salva; porque la honra mía Tú eres,* le responda Él (Ps., 34): *Yo soy tu salud, tu bien y tu paz; quien te ha dado cuanto bien tienes, librado de muchos males; quien*

te amó antes que fueses, y te hará bienaventurada con tenerme a Mí, a toda tu voluntad, y sin temor de perderme. Esto esperamos que hará *ei que es poderoso, y cuyo nombre es sumo* (Lc., 1, 49), inmenso en misericordias, y potentísimo para cumplirlas.

134.—A UNA SEÑORA EN NAVIDAD.

Que Jesucristo, encubriendo su fortaleza y mostrando flaqueza, nos descubrió su inmenso amor: y que nació Niño para hacernos niños en su confianza.

San Pablo se hizo todo a todos para ganar a todos (1 Cor., 9, 19-22); y si él lo hizo, por virtud de Cristo lo hizo; que él así lo confiesa, que *moraba y obraba en él Cristo* (Gal., 2, 20). Y pues el siervo esto hizo, y con espíritu del Señor, el Señor ¿cuánto más lo hizo y hará? ¿No ve vuestra señoría cuán propio viene a nacer para conformarse con los pequeños? ¿No ve cuán chiquito, cuán niño, cuán sin dar muestra sino de que hace frío, y que Él es delicado? Escondida está la grandeza, y manifiéstase la flaqueza, y ¡cuán a su costa! Y pasa cochura por hermosura, pues mientras mas descubre lo flaco, más descubre lo hermoso. ¿Qué cosa hay más flaca, que llorar, y después morir, y en un palo de malhechores? Mas ¿qué cosa más hermosa, que amar Dios a sus criaturas hasta hacerse niño pobre, y crucificado por ellas? *Aparece la humanidad y benignidad* (Tit., 3, 2), porque apareció la flaqueza, y se escondió la fortaleza y grandeza; y cuanto parece decrecer en lo grande, parece crecer en lo bueno y amoroso. Y digo «parece», pues en Él no hay crecer ni menguar, sino para nuestra consideración.

Y pues tan chico y tan grande está, tan sin rigor de grande y tan acompañado de blandura de Niño, no sé qué se hace vuestra señoría, por qué no *pasa de sí a Belén a ver este Verbo de Dios hecho Niño* (Lc., 2, 15), pues ve cuán propio está para ella, que siempre, desde que de Él es, le ha sido niña ella a Él, y Él padre y ayo, que de la mano la ha traído, y por ella ha hablado y ha obrado lo que ella ni sabía, ni podía, ni quería. Mire bien en el pesebre, y verse ha a sí misma, y verle ha hecho ella para ganar a ella; para que pues ella es tan sin saber, fuerza y virtud como niña, sea del todo niña en la malicia y en todo mal.

¿Por qué será grande en la malicia, y niña en la bondad, habiendo de ser, como dice San Pablo (1 Cor., 14), *niños en la malicia y grandes en el sentir*? ¿No ve cuán arrimado está un niño a «su padre», cuán asegurado de él, cuán colgado de él, cuán esforzado con él? Que su único refugio, en todo lo que le viene, «su padre» es, con corazón y con boca; y ni por pensamiento le pasan malicias, de desconfianzas con «su padre», ni otra cosa más de «mi padre». Bastarnos debería, señora, esta palabra «mi padre», si nosotros fuésemos niños e hijos. No más que «mi padre», señora, no más, no más: todo lo otro es mi enemigo, mi perdición, mi flaqueza, mi engaño. No haya «yo» en arrimo, no «yo» en amor, no «yo» en nada, sino «mi padre» en todo y en mí.

Y entonces entenderá V. S. cuánta parte de sí ha sido ella, y cuánto ha tomado para sí, y quitado a Dios. Y cuanto le ha quitado, tanto ha perdido; porque no hay salud ni bienandanza, sino en Dios. Cuanto ha tomado de sí, ha perdido de Dios; y por eso restitúyale lo que le ha tomado, y restituírsele ha Dios. Sea niña pequeña, para que le diga su Señor (*Cant., 8, 8*): *Nuestra hermana es pequeñuela, ¿qu? le haremos para el día que le han de hablar?* Toma, Dios a su cargo a los pequeños, para los guardar *en el día que los hablan* las tribulaciones, y en el día *que les habla* Él, o de parte de Él. Y si flaquezas hay en estos tiempos, es por no ser el hombre niño, y tener tan gran ceguedad, que siendo pequeño, se tenga por grande y por algo. Flaqueza es ser flaco, mas insufrible cosa es no tenerse por tal. Esta luz pida vuestra señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida a su bienhechor, y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar a Dios su honra, y de levantar ídolo contra Él; mas en verdadera niñez se dé a Él. Y lo que no fuere niñez de Jesús, y ayudándola Él con su gracia. Y no niñez de Jesús, y ayudándola Él con su gracia. Y no haya miedo a trabajos, que es vergüenza, con tal Padre.

Y holguéme mucho de que desee estar tan firme en la verdad del propio conocimiento.

135.—A UNA SEÑORA.

Que no ha de escoger el hombre la cruz, sino llevar la que Dios le diere.

Si las penas nos viniesen las que nosotros queremos, no serían penas, y seríamos privados de la compañía de la cruz de nuestro Redentor, que es el mayor mal que nos podría venir. Hanos de venir lo que más desabrido nos es, porque así ha de ser curada nuestra voluntad, hasta que ninguna cosa nos venga que nos sea desabrida; y entonces seremos siervos de Jesucristo, que dijo (*Lc.*, 22): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha.* Y pues Él, por su gran misericordia, tiene cuidado de enviar a vuestra merced la salud de su ánima, no la reciba como herida que llaga, mas como medicina que sana. Haga gracias a su Salvador, y ciñase con fortaleza a pasar cosas mayores; que aun no nos ha venido lo que a verdaderos siervos del Crucificado suele venir, ni lo que nosotros debemos de desear. Todo lo que de fuera nos viene, hemos de pensar que lo envía Dios desde lo alto con misericordia, y pensar de dentro que merecemos muy mucho más, y no huir nuestro purgatorio, por mucho que duela. Cuando Dios ordenare que vuestra merced comience a padecer de verdad, y le enviare lo que ella más huye de padecer, entonces confíe que es amada de Él, y tenga esperanza de ver con alegría la faz del Señor. No es palabras el camino de Dios, y por eso no se desmaye en las pruebas; mas esfuércese en Dios que le envía la guerra para la coronar con victoria; y recójase a Él en la larga oración, hasta sudar gotas de sangre si es menester, poniendo delante sus ojos al dechado de nuestra vida, Jesucristo nuestro Señor, que oró tres veces, y con tanto trabajo, sin ser luego oído, hasta que *corrió la sangre y regaba la tierra* (*Lc.*, 22, 24).

Sujétese del todo a la voluntad del Señor, y tórnese como un poco de lodo, y diga al Señor: *Yo soy lodo, y tú, Señor, el ollero; haz de mi a toda tu voluntad* (*Rom.*, 9, 21). No la halle Dios vestida, mas del todo desnuda de la propia voluntad; porque por pequeña cosa que tenga sin estar mortificada, le dará no pequeña pena y desasosiego. De Cristo es por justísima compra; no le pese de serlo, ni huya del tratamiento de Él; mas de todo corazón le pida que la

lleve para Sí por donde Él sabe y quiere, y no por donde ella quiere, aunque sea con tener extrema deshonra delante los ojos de todo el mundo. Mire que dé buena cuenta de esta lección que el Señor la ha enviado; porque si no, otro día no le enviará lo que a ella cumple, sino lo que ella quiere, y será por su mal. Cobre en Dios esperanza, y pelee varonilmente; que de esto y de más es digna el amistad de nuestro Señor, y no se puede gloriarse de amador quien no pasa mucho por el amado. Esfuerce Dios a vuestra merced, tanto que baste ella [a] esforzar a los flacos y consolar a los tristes y déle perfecta obediencia a su santa voluntad, y perfecta fe en su bondad. Amén.

136—A UN SACERDOTE.

Que procure juntar la oración con la acción: fortaleza en el ministerio sagrado. Consejos para la dirección espiritual.

1. Esfuerce Cristo a vuestra merced para que no falte al servicio de Él, pues todo nuestro bien en serle leales está.

Trabajo es mirar uno por sí solo, y más que doblado por sí y por otros; y pocos hay que sepan cumplir con estas dos partes, que no defrauden a alguna, según cada uno se aficiona más o menos. Parece tan dura cosa a quien se mira, entender en lo que al prójimo toca, que del todo se le quita la gana, viendo sus necesidades presentes, a las cuales le parece ser más y primero obligado. Y hay otros que viendo algún provecho que hacen en los otros, se olvidan de sí; y éstos corren mayor peligro. Lo que yo de vuestra merced deseo es, que así como nuestro soberano Maestro la noche de su Pasión se levantaba de orar, e iba a visitar sus discípulos, y de ellos tornaba a la oración, mezclando la una vida con la otra, así vuestra merced lo haga, no descuidándose de lo uno por lo otro. Y bien veo cuán pesada es esa carga que a vuestras tiene; y cuán templado y armado conviene andar para que a ellos aproveche, y así no se dañe; mas la dificultad de la obra no na de ponernos desesperación, mas mayor cuidado y vigilancia, como para cosa que más lo ha menester.

2. Grande es la flaqueza que en nuestros días se usa, donde apenas hay hombre de los que dicen que

sirven a Dios, que ponga hombros a cosas dificultosas. Todo lo queremos a nuestro sabor, y que lo que decimos sea luego tomado; y siendo nosotros en muchas cosas flaquísimos, espantámonos mucho de flaquezas ajenas: blandos en las nuestras, airados en las ajenas, habiendo de ser al contrario la paciencia en las ajenas y el celo ferviente contra nosotros. Sudores de muerte se han de pasar algunas veces en los negocios de Dios; y su siervo ha de estar como insensible, sufriendo y llamando al Señor. Longánimo y magnánimo le conviene ser al que en Dios espera y contra el demonio pelea; porque los otros, o se tornan del camino, o andan tan flojos y con tantas caídas que es como si no anduviesen. Pase vuestra merced con su cruz, e invoque al crucificado, que por las ánimas murió; y crea que no las tiene olvidadas, por mucho que las deje padecer; mas quiere Él que nos cuesten algo a nosotros, por hacernos merced de tomarnos por ayudadores en obra tan alta, y galardarnos como el Padre hizo a Él. Suya es la obra; ministros suyos somos nosotros, y quiere experimentar nuestra fe y caridad y paciencia, con que no veamos luego el provecho que deseamos, y así hácenos merced, y no poca, aun cuando parece que no nos oye.

3. Lo que vuestra merced debe a esa gente desconsolada decir, es que tomen los diez mandamientos de Dios, y los cinco de la Iglesia, y los guarden, y con éstos se salvarán. Y si más quisieren hacer, sea en buen hora, con que no piensen que si les sucede faltar, que por eso están perdidas; que casi todo el mal les viene de ser deseosas de devoción y sentimientos, y en esto piensan que está su salvación. Y si tanto hincapié hiciesen en la guarda de los mandamientos de Dios como en esotras cosas, mejor les iría, porque saldrían con ello y tendrían paz. Déselos vuestra merced por escrito, y dígales que piensen en aquello, e irles ha bien. Y si orar quieren, háganlo, con condición que piensen que van a obedecer a Dios que manda orar, aunque no saquen consuelo ninguno. Lean y recen sus oraciones vocales, pensando en aquello que rezan o en aquello a que rezan, y tengan ojo a la guarda de los mandamientos, y aprendan a tener en merced a Dios que les dé gracia para los cumplir; y si alguna vez resbalaren, vayan al remedio del *corazón contrito y humillado*, y crean que *la sangre de Jesucristo limpia nuestros pecados*; y confesando, estén sosegadas. No quieran llevar esto

por fuerza, pues la santidad es dádiva de Dios. Hagan como muchas personas buenas, que se contentan con guardar la Ley del Señor con una sana voluntad, sin suspirar a devociones; cuando el Señor otra cosa quiera, Él despertara.

Vuestra merced me encomiende a Dios, que yo así lo hago por vuestra merced.

137.—A UN AMIGO.

Cómo se han de pasar los últimos años de la vida.

Pídeme vuestra merced que le avise de algunas cosas que le sean provechosas a su salvación; petición por cierto justa, y digna de ser concedida, si hubiese en mí facultad como hay voluntad.

Señor mío, cuando un hombre comienza a usar de razón había de comenzar a ordenar su vida para el día de su muerte, de tal manera, que su vida fuese un cuidado de cómo estaría aparejado para que la corona de gloria asentase bien sobre su cabeza. Mas ya que en esto haya descuido, débese llorar y enmendar; y cuando viene ya la edad más madura y anunciadora de la muerte, debemos con nuevos alientos esforzarnos a remediar nuestras flaquezas pasadas, y de todo corazón entender en el aparejo para nuestra muerte; el cual, no sólo es no deber nada a nadie, no estar en pecado mortal, mas con *frutos dignos de penitencia* (Lc., 3, 8) deshacer los males pasados, para que pesados en balanza justa nuestros males y bienes, y siendo de nuestra parte la misericordia de Dios, pese tanto nuestro cuidado en el servicio de Dios, como algún día pesó el cuidado del mundo.

Conviene ser limosneros, caritativos, devotos, pacientes, y humildes, para recompensar lo que de esto en otros tiempos nos faltó; y andar con un santo fervor, como abeja que hace miel, buscando cómo más y más nos llegaremos a Dios con el corazón, pues en la edad ya estamos más cerca de ser presentados delante de Él. Porque de otra manera ¿qué responderemos a nuestro soberano Juez, si fuéremos descuidados en lo postrero de la vida, lo cual Él por grande merced nos concedió para enmienda de la pasada y aparejo para ganar la eterna?

Por tanto, señor, afloje en los cuidados temporales para estar vigilante a lo que más importa. Salga

con su corazón del mundo antes que lo saque Dios en el cuerpo. Guarde gran reposo en su ánima, aunque pasen carretas por él; y como hombre que va corriendo una posta en que la vida le va, que no vuelva aun la cabeza a otras cosas, así haga él a lo de acá. Diga en su corazón: A la muerte me llevan, ¿qué se me da a mí de lo de acá? A Dios voy, no quiero enlazarme en otras cosas; porque si aun trabajándolo así, muchas veces me veo ocupado y detenido, ¿qué será si no lo trabajo? Piense, señor, que comienza ahora a servir al Señor; y acuérdesese de los propósitos que algún tiempo tuvo, y pídalos al Señor, y empléese ahora en ellos, pues está más experimentado que antes para mejor los guardar.

Su vida está en llegar su ánima a Dios; y para esto ha de trabajar por tener su corazón desasido de lo de acá; y mirando esto como cosa que mañana dejará, entender en su lección, oración, confesión y comunión, y pensar que no vive acá sino para hacer algo por Dios y para sufrir cosas que no quiera. Conviénele ser muy blando en lo uno, dando el corazón a Dios y haciendo lo que pudiere por sus prójimos; y ser duro como piedra en sufrir lo que Dios le enviare; que ni aprovecha bien obrar sin llevar cruz, ni trabajos sin buena vida. Y si esto parece recio, miremos a nuestro Señor y Maestro cuán lleno de entrambas cosas fué; y tales quiere que sean, en su modo, sus servidores. Que, pues Él pidió a su Padre, y lo alcanzó, que *donde Él ahora está, allá estén sus servidores* (Jn., 12, 26; 17, 24), razón es que no huyamos en el destierro de estar con Él donde Él estuvo, pues deseamos estar adonde ahora está. Y aunque esto sea muy penoso, aquello es más sabroso, pues es más gozar de Dios que el padecer acá por Él. Y siendo avisados que *si juntamente padecemos, hemos de reinar juntamente* (2 Tim., 2, 12), no seamos incrédulos a estas promesas, ni perezosos en las ganar, porque tras este breve trabajo, gocemos de aquel descanso sin fin.

Esta haya por suya la señora su mujer, y juntos se ayuden y esfuercen a ser compañeros en el provecho espiritual, para que se vean entrambos en el cielo con Dios, pues acá los juntó en la tierra.

138 —A UN SU AMIGO ESTUDIANTE.

Dícele cuán tirana es la tibieza, la cual hace injuria a Dios y despeña al ánima en abominables pecados.

1. Vino la carta de vuestra merced mezclada de nuevas de alegría y de pena. Lo primero, por decir que le iba mejor de las antiguas enfermedades; y lo segundo, por haberse habido tibiamente en los ejercicios de la virtud. Demos a nuestro piadoso Señor gracias por la salud; demosle quejas de nosotros por lo malo que hemos hecho.

¡Oh tibieza en el bien! Y si este nombre de tibieza fuese entendido de los que tan experimentado es, no tan de ligero nos dejaríamos vencer de él, porque temeríamos ser cautivos de un tirano tan cruel y tan cargoso; y tanto, que ninguna cosa hay que por Dios se haga ni se sufra, aunque sea la misma muerte, que sea pesada, si la tibieza está ausente; y una paja hace tanto peso al tibio, que lo derriba en el suelo, y le hace dejar lo comenzado, y aun arrepentirse de lo haber comenzado; y le hace entender ser amargo de sí lo que es más dulce que la misma miel. El estómago de los que por el desierto venían era el desabrido, que no el maná que Dios enviaba, que *contenía en sí todo deleite* (Sap., 16, 20); y ellos eran tan ciegos, que no se quejaban de sí mismos, ni de los malos humores que tenían, sino del manjar, que de sí era sabrosísimo; y por esto pedían otros, con los cuales pensaban ser hartos y contentos. Diéronselos; mas costóles la vida (Num., 11, 33). Para que entendamos, si mal nos saben las cosas de Dios, que no hemos de desear las contrarias, aunque nos parezcan deleitables, porque cierto, está en ellas la muerte; mas echar de nos el sinsabor que en nosotros está, y entonces con paladar sano tendremos verdadero y sabroso gusto en el manjar que Dios da a sus hijos.

2. Esto, señor, tenga por cierto si con pereza y tibieza negocia el negocio de Dios, que allende de ser desleal al Señor, que con tanto ardor de amor negoció nuestro negocio, tomando la cruz por nos con grande denuedo, sobrándole amor, y faltando qué padecer; mas aun vivirá una vida tan miserable, que de penada la haya de dejar. Porque como el tibio no

goza de placeres de mundo, por haberlos dejado con un poco de buen deseo, y como, por falta de diligencia, no goce de los de Dios, está como puesto entre dos contrarios, que cada uno le atormenta por su parte, padeciendo desconsuelos bravísimos, que le hacen, en fin, dejar el camino y con miserable consejo buscar *las cebollas de Egipto* (*Num.*, 11, 5) que ya dejó, porque no puede sufrir la aspereza del desierto. Ponga vuestra merced en una balanza los trabajos que se pueden pasar siendo uno diligente y viviendo en fervor, y los que pasa el tibio porque no quiere pasar éstos, y verá que son los de los tibios mil tanto mayores de los del que vive en fervor. Cosa es ésta maravillosa, que halla más deleite el que sirve al Señor con diligencia en el velar, orar, ayunar y en todo lo que se ofrece de trabajo, que el tibio en regalos, y en parlas y en todo lo demás. Riéndose está el tibio por defuera, y carcomiéndose de dentro; y llora el justo, y alegrase en el corazón.

Pues ¿por qué, por huir unos pocos de trabajos, caemos en otros mayores, y queremos más morir de hambre, que trabajar un poco para comer? ¿Por qué no entendemos que Dios es joya de nuestros trabajos, y que tal joya no se debe ganar boceizando (1) y durmiendo y mano sobre mano? Hayamos vergüenza de tener la lengua tan larga, diciendo que queremos a Dios, y la bolsa tan cerrada, no queriendo dar por Él un poco de diligencia. ¿Así se honra a Dios? ¿Así se estima? Que se quede sin Bien tan valeroso quien en tan poco le aprecia, ésa es la justicia, y así lo ha sentido el mismo Señor cuando nos manda *velar y estar aparejados, como siervos que esperan a su señor, para le abrir cuando llamare* (*Lc.*, 12, 36); y ha dicho que *quien no toma su cruz y le sigue, no es digno de Él* (*Lc.*, 14, 27). Pues llevar cruz, no es cosa de flojos, sino de amadores del Señor, que en ella se puso, e imitadores de su esfuerzo, y por eso compañeros de su victoria: que los otros hoy comienzan, y mañana [lo] dejan, y poco a poco vienen a del todo dejarlo, según el Señor lo ha amenazado, diciendo (*Apoc.*, 3, 16): *Porque eres tibio, vomitarte he;* que es dejar caer al hombre en mayores y más feos pecados. Y pues en este camino hay tantos ladrones para nos robar y matar, tantos lazos en que caer, tantos estorbos para pasar no conviene irse durmiendo quien

(1) *Boceizando*: bostezando.

en tanto peligro va. Y si alguna vez hemos visto aun peligrar los que parecia que iban cuidadosos y recatados, ¿qué esperamos los descuidados, sino a cada paso caer en manos de nuestros enemigos con miserable cautividad?

3. Seamos, señor diligentes, ahora sea por frialdad de temor, ahora por calor de amor, y no permitamos reinar sobre nos tibieza, que, como hiel, hace amargo al hombre el camino de Dios, y a Dios el servicio del hombre. Miremos cuánto debemos de lo pasado, miremos cuán llagados de presente, y cuán en peligro para lo por venir. Y ponganos espanto un infierno que está debajo de nos, y un cielo encima nos convide; y averguéncenos que nos están mirando los ojos de nuestro Señor, para nos recibir por suyos, o reprobar por extraños. Ahora sea mirando lo que nos cumple, ahora sea por dar contento al Señor, desenvolvamos las manos, y comencemos a obrar con diligencia: porque, según dice la Escritura (*Prov.*, 6, 11): *Si fueres diligente, venirte ha tu mies abundante, así como fuente.* Y hallaremos ser verdad lo que Dios promete a los suyos, que es (*Jn.*, 4, 13), *una agua, que quien la bebe nunca más tiene sed.* Y si esto aquí da, allá ¿qué dará? Si en el tiempo de la guerra hay tal refresco, en las fiestas de la victoria ¿qué habrá? Hagámonos fuerza; que aquel reino así se ha de buscar (*Mt.*, 11, 12). Y tanto aprovecharemos en el camino de él y en el agradamiento de Dios cuanto a nos mismos nos negáremos, e hiciéremos fuerza a nuestras inclinaciones.

Paréceme que no se hable en estudio hasta haber a lo menos pasado un año de rozar las malas matas y raíces que en su ánima hay; y si fuere poco un año, gastará más. Por eso dése prisa, pues hasta estar medianamente este negocio hecho, no se ha de entender en otro ninguno.

139.—A UNA PERSONA ESCRUPULOSA.

Que no desmaye por las culpas ligeras: que piense menos en sí, y más en Dios que la ama.

Bien parece, hermana, que no sois para prueba, ni habéis salido de la niñez, pues en dejándose de reír el celestial Esposo con vos, luego ponéis sospecha que está con vos enojado. ¿Adónde están las particulares misericordias que de su mano bendita habéis recibido, en testimonio que particularmente os ama?

¿Así habéis de olvidar cuánto os ha regalado? ¿Y tan presto habéis de pensar que quita Dios su amor de quien una vez tan de verdad lo ha puesto? ¿Para qué os ha dado tantas prendas, sino para que le fiéis algo sobre ellas? Fiadle este crédito, que os ama, aunque ahora no os lo muestre. Y pensad que no seréis en ello engañada, pues que ya os he dicho otras veces que el amor que al Señor tenemos no ha de ser tal que nos derribe con demasiada tristeza, si en alguna culpa liviana caemos: que de esa manera. ¿quién de los hombres tendrá descanso ni paz, pues todos pecamos? Quiere el Señor que os arriméis a Él, y os gocéis en Él, y que pongáis vuestras llagas en las suyas. para que quedéis sana y consolada, por recias y sensibles que sean las vuestras.

¿Hasta cuándo habéis de andar escarbando tanto como escarbáis en vuestro muladar, que no sacareis sino cieno, y de mal olor? Acabad ya de creer que no por vos, sino por Jesús crucificado, habéis de ser sana y amada. Y no os desmayéis tanto por vuestras faltas, pues, por los frutos que de ello sacáis, podéis ver que no agradáis al Señor en ello. Mejor será tener un corazón varonil y esforzado, mirando el bien que por Jesucristo habéis recibido y tenéis. Y así lo mirad, que os doláis de vuestros pecados, y viváis con cuidado de no le ofender; mas no que perdáis vuestra paz y paciencia si os viéredes caída, pues os he dicho muchas veces que tal cual sois os ama el Señor.

Contentaos con ser amada por su Bondad, aunque por vos no merezcáis ser amada. Si una esposa parece muy hermosa a su esposo porque él la mira con ojos de mucho amor, ¿qué va en ello que ella no sea tan hermosa, pues lo es en los ojos de su esposo? Si a vos sola miráis, daros ha asco de vos, y desmayaréis viendo tanta miseria. Mas ¿qué os falta, pues tenéis en el cielo quien os ama, y a cuyos ojos parecéis bien, porque os mira por los agujeros de sus llagas que por vos padeció, por las cuales os dió su gracia, y suple vuestras faltas, y os sana y hermosea? Descansad, pues ya sois sierva del Crucificado, y olvidad las turbaciones pasadas como si pasado no hubieran; que de parte del mismo Señor os digo, como otras veces os he dicho, que Él lo quiere así. Corred de aquí adelante vuestra carrera con ligereza, como quien ha echado de sí una carga pesada que le impedía; que aunque luego no venga la

serenidad deseada, no os fatiguéis, que a las veces se camina más con tempestad que con buen tiempo, y se merece más con la guerra que con la paz. El que os redimió os regirá como os cumple para ser salva. Fiaos de Él, pues tantas razones tenéis para ello; y lo que escarbáis en vuestra miseria, escarbado en su misericordia, y sacaréis de ello más provecho que de lo primero. Esta os cobije con su dulcedumbre eterna. como yo lo deseo, y suplico y espero, pues para eso os llamó.

Encomendadme al mismo Señor por amor de Él.

140.—PARA D. ANTONIO DE CÓRDOBA.

Que fué a estudiar a Salamanca, y le hicieron rector. Que en el negocio de servir a nuestro Señor no bastan deseos tibios sin obras. Muestra el daño que traen en los principiantes las ocupaciones que se pueden excusar.

La ida a esa Universidad sea enhorabuena y estada.

Ya vuestra merced sabe que en este negocio de servir a Cristo no bastan deseos tibios, si no se acompañan con obras verdaderas. y con sudores algunas veces que son como de sangre. Y temo yo mucho no espante a vuestra merced la dificultad del camino, y pierda lo dulce del meollo por amargarle mucho la cáscara. Breve es el puerto que hay que subir en el camino de Dios, y después de él probamos lo que está escrito: *Ducam te per semitas aequitatis; quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui* (Prov., 4). Y entonces prueba el hombre que es suave el yugo de Cristo, pues Él da la mano a los que han sufrido las tentaciones por Él, y consuela a los llorosos, y medicina los corazones quebrantados. ¡Dichoso trabajo, aunque otro consuelo no hubiera, sino el que se alcanza por tener en pie la bandera de Dios, queriendo más sufrir los golpes pesados de la tentación, que gozar de mala paz, teniendo guerra con Dios!

Humíllese mucho vuestra merced a nuestro Señor: gima, delante los ojos de su misericordia, su propia miseria; que no hay camino para que bien nos vaya, si no es el favor del cielo; y no hay camino para que éste venga, sino el conocimiento profundo de nuestra desventura, dando voces de aquellas honduras al Señor (Ps., 129) que mora en lo alto, y no desecha